

ORGULLO Y PREJUICIO CAPÍTULOS 2-11

Capítulo 2

Mr. Bennet fue de los primeros en visitar a Mr. Bingley. Siempre había pensado hacerlo, por mucho que le asegurara a su esposa que no lo haría, y hasta la tarde siguiente a la visita no tuvo aquélla conocimiento de la entrevista. El hecho quedó entonces revelado del modo siguiente: Mr. Bennet estaba observando a su segunda hija adornar su sombrero, cuando de pronto le dijo:

—Espero que a Mr. Bingley le guste, Lizzy.

—Hasta que no lo visitemos —arguyó la madre con tono áspero—, no conoceremos los gustos de Mr. Bingley.

—Por lo visto olvidas, mamá —dijo Lizzy—, que lo encontraremos en las reuniones y que Mrs. Long ha prometido presentárnoslo.

—No creo que Mrs. Long haga semejante cosa. Tiene dos sobrinas, es egoísta, hipócrita; no creo que cumpla con su promesa.

—Yo tampoco lo creo —añadió Mr. Bennet—, y me alegro de que no dependas de sus favores.

Mrs. Bennet no replicó, pero, incapaz de contenerse, comenzó a reprender a sus hijas.

—¡Deja ya de toser, Kitty, por Dios! Ten piedad de mis nervios; estás destrozándomelos.

—Kitty nunca es oportuna para escoger el momento de toser —dijo el padre.

—No toso por diversión —replicó la muchacha, malhumorada—. ¿Cuándo es tu próximo baile, Lizzy?

—De mañana en quince días.

—Así es —exclamó su madre—, y Mrs. Long no regresa hasta la víspera, de modo que le será imposible presentárnoslo, porque ella tampoco lo conocerá.

—Entonces, querida, puedes adelantarte a tu amiga presentándole tú a Mr. Bingley.

—Imposible, Bennet, imposible; ¿cómo quieres que lo haga si no lo conozco?

—Celebro tu sensatez. Quince días de relación es, en verdad, muy poco. En realidad, al cabo de ellos no se puede saber qué clase de persona es. Pero si no nos aventuramos, otra lo hará; y después de todo, Mrs. Long y sus sobrinas quieren probar fortuna. Por consiguiente, si tú te niegas, ya me encargaré yo de hacerlo.

Las muchachas miraron fijamente a su padre. En cuanto a Mrs. Bennet, sólo exclamó:

—¡Qué tontería!

—¿Qué significa esa enfática exclamación? —dijo él—. ¿Consideras una tontería algo tan importante como las ceremonias de presentación? No puedo estar de acuerdo contigo. ¿Qué

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



dices, Mary, tú, que eres muchacha reflexiva y, según creo, lees libros muy serios y gustas de citar los pasajes más importantes?

Mary quería decir algo importante, pero no atinaba a encontrar las palabras. —Mientras Mary coordina sus ideas —continuó él— volvamos a Mr. Bingley.

—Estoy harta de Mr. Bingley —exclamó la esposa.

—Lamento que digas eso; pero ¿por qué no me lo informaste antes? Si lo hubiera sabido esta mañana, no lo habría visitado. Es una verdadera desgracia; mas puesto que lo he visitado, no puedo eludir su amistad.

El asombro de las mujeres fue tal como él esperaba, y el de Mrs. Bennet mayor incluso que el de las hijas. Pero cuando hubo pasado el júbilo inicial, comenzó a decir que siempre había dado por sentado que él lo haría.

—¡Qué bueno eres, querido Bennet! Ya sabía yo que acabaría convenciéndote. Estaba segura de que amabas demasiado a tus hijas para perder una relación como ésta. ¡Qué dichosa soy! Y vaya broma la tuya, no decirnos una palabra.

—Ahora, Kitty, puedes toser a tu antojo —dijo Mr. Bennet.

—¡Qué padre tan maravilloso tenéis, hijas mías! —exclamó cuando la puerta se hubo cerrado—. No podéis reprocharle falta de cariño, ni a mí tampoco. A nuestra edad, os lo aseguro, no es grato entablar nuevas relaciones cada día; pero algo hemos de hacer por vosotras. Lydia, amor mío, aunque seas la menor, me atrevo a asegurar que Mr. Bingley bailará contigo en el próximo baile.

—¡Oh, no te preocupes, mamá! —repuso Lydia resueltamente—, porque aunque soy la más joven, también soy la más alta.

El resto de la velada se pasó en conjeturas sobre cuándo devolvería Mr. Bingley su visita a Mr. Bennet y en determinar qué día lo invitarían a comer.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 3

A pesar de las preguntas que hizo Mrs. Bennet, ayudada por sus hijas, no logró que su marido diese una descripción satisfactoria de Mr. Bingley. Lo intentaron de diversos modos: con preguntas descaradas, suposiciones ingeniosas, remotas sospechas; pero él superó la habilidad de su mujer y sus hijas, quienes se vieron obligadas a aceptar los informes de segunda mano de su vecina, lady Lucas. Las noticias de ésta eran muy halagüeñas: sir William había quedado gratamente impresionado. Era muy joven, bien parecido, extraordinariamente agradable, y, sobre todo, tenía la intención de asistir a la próxima reunión acompañado de numerosas personas. ¡Todo parecía a favor de ellas! Gustar del baile era el primer paso para llegar a enamorarse, y por eso se concibieron muchas esperanzas en lo referente al corazón de Mr. Bingley.

—Si pudiera ver a una de mis hijas residiendo felizmente en Netherfield Park —decía Mrs. Bennet a su marido—, y a las demás igualmente bien casadas, todos mis deseos se verían colmados.

Pocos días después Bingley devolvió la visita a Mr. Bennet y permaneció unos diez minutos con él en su biblioteca. Había alimentado esperanzas de que le fuese dado echar un vistazo a las muchachas, de cuya belleza había oído hablar mucho; pero sólo vio al padre. Las mujeres fueron algo más afortunadas, porque tuvieron la suerte de cerciorarse, desde una ventana alta, de que vestía traje azul y montaba un caballo negro.

Poco después se le envió una invitación para comer; y Mrs. Bennet ya pensaba en los platos que habían de acreditarla como una consumada ama de casa, cuando se recibió una contestación que llenó a todos de angustia: Mr. Bingley se veía obligado a marchar a la capital al día siguiente, y debido a ello no podía aceptar el honor de su invitación, etcétera.

Mrs. Bennet quedó completamente desconcertada. No lograba imaginar qué asuntos podía tener en la capital si acababa de llegar al condado de Hertford, y comenzó a temer que se viese obligado a viajar de un lado a otro sin ocasión de asentarse en Netherfield. Lady Lucas la tranquilizó al decir que seguramente había ido a Londres a fin de reunir un grupo numeroso de acompañantes para el baile; y se corrió el rumor de que Bingley llevaría a la reunión a doce damas y siete caballeros. El número de aquéllas afligió a las muchachas, pero el día anterior al baile se calmaron al oír que en lugar de doce sólo serían seis: sus cinco hermanas y una prima; y cuando el grupo entró en el salón, estaba formado por cinco personas en total: Bingley, dos hermanas de éste, el marido de la mayor y otro joven.

Bingley tenía aspecto de hombre apuesto, simpático y distinguido. Sus hermanas eran hermosas y extraordinariamente elegantes. Su cuñado, Mr. Hurst, semejaba un caballero como cualquier otro, pero su amigo, Mr. Darcy, atrajo pronto la atención de todos por su apuesta figura, sus bellas facciones y su noble aire, y en cinco minutos se extendió la noticia de que poseía una renta de diez mil libras al año. Los caballeros afirmaban que era un hombre encantador; las mujeres declararon que era mucho más guapo que Bingley; y así, durante aproximadamente la mitad de la velada, fue contemplado con admiración, hasta que sus modales se revelaron de

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



pronto poco adecuados: era ostensiblemente orgulloso y se consideraba superior a todos los presentes, y ni aun su extensa propiedad en el condado de Derby pudo ya librarlo de convertirse en el ser más desagradable y odioso, e indigno de ser comparado con su amigo.

Bingley entró pronto en relación con los principales concurrentes; se mostraba animado y franco, bailó todas las piezas, lamentó que la velada acabase tan temprano, y habló de ofrecer él mismo una en Netherfield. Tan amables cualidades no hicieron sino acrecentar su popularidad. ¡Qué distinto era de su amigo! Darcy bailó sólo una vez con Mrs. Hurst y otra con Miss Bingley, declinó ser presentado a cualquier otra dama y empleó el resto de la velada en pasearse por la sala y hablar brevemente con alguno de sus amigos. Su carácter quedaba demostrado: era el hombre más orgulloso y desagradable del mundo, y todos lamentaban que hubiese acudido al baile. Entre los más indignados con él se contaba Mrs. Bennet, cuyo disgusto por el comportamiento del joven había aumentado hasta tornarse resentimiento por haber menospreciado Darcy a una de sus hijas.

Elizabeth Bennet se había visto obligada, debido a la escasez de caballeros, a permanecer sentada durante dos piezas, y parte de ese tiempo había estado tan cerca de Darcy que pudo escuchar la conversación que éste mantenía con Bingley.

—Ven, Darcy —le dijo Bingley—. Quiero que bailes como los demás. Me molesta verte ahí solo, en esa actitud estúpida, mientras los otros se divierten. —¡No lo haré! Sabes lo mucho que lo detesto, a no ser que conozca particularmente a mi pareja. En una reunión como ésta, me resultaría insoportable. Tus hermanas están comprometidas, y consideraría un castigo bailar con cualquiera de las otras mujeres que hay aquí.

—¡Por nada del mundo me mostraría tan desdeñoso como tú! — exclamó Bingley—. Te aseguro que jamás he encontrado muchachas tan simpáticas como las de esta noche, y debes admitir que algunas son extraordinariamente hermosas.

—Estás bailando con la única muchacha bonita del salón —repuso Darcy, mirando a la mayor de las Bennet.

—Sí, es la criatura más bella que he visto jamás. Pero ahí, justamente detrás de ti, está sentada una de sus hermanas, que es muy bonita, y aun me atrevo a añadir que muy agradable. Le pediré a mi pareja que te la presente.

—¿A quién te refieres? —preguntó Darcy, y volviéndose, contempló por un instante a Lizzy, hasta que ésta sorprendió su mirada; apartó entonces la vista y dijo fríamente—: Puede pasar; pero no es lo suficientemente hermosa para tentarme; y por ahora no estoy de humor para conceder importancia a muchachas que desdeñan los otros hombres. Vuelve con tu pareja y disfruta de sus miradas, porque estás perdiendo el tiempo conmigo.

Bingley siguió el consejo de su amigo. Mientras Darcy abandonaba el salón, Lizzy lo contempló alejarse alentando hacia él sentimientos que distaban de ser cordiales. Sin embargo, contó a sus amigas lo ocurrido con mucho ingenio, porque era jovial y graciosa y le complacían las actitudes ridículas.

En conjunto, la velada transcurrió gratamente para toda la familia. Mrs. Bennet había visto que los nuevos moradores de Netherfield admiraban a su hija mayor; Bingley había bailado con ella dos veces, y las hermanas de éste la habían colmado de atenciones. Jane estaba tan satisfecha por todo eso como pudiera estarlo su madre, pero se mostraba menos excitada. Lizzy experimentaba la misma satisfacción que Jane; Mary había oído decir a Mrs. Bingley, refiriéndose a ella, que era la muchacha mejor educada de la vecindad, y Kitty y Lydia habían sido lo bastante afortunadas como para no estar nunca sin pareja, que era cuanto habían aprendido a ambicionar en un baile. Por eso regresaron contentas a Longbourn, el pueblo donde vivían y del que eran los principales habitantes. Encontraron aún levantado a Mr. Bennet, quien, leyendo un libro, no se había percatado del paso de las horas, y en aquella ocasión sentía bastante curiosidad por conocer el resultado de una velada que había despertado tantas esperanzas. Al principio había pensado que su esposa tal vez se llevase una desilusión con el forastero, pero pronto comprobó que no era así.

—¡Oh, querido Bennet! —exclamó ella en cuanto entró en el estudio—. Hemos pasado una velada encantadora; ha resultado un baile admirable. Lamento que te lo hayas perdido. Jane ha sido tan admirada, que no se ha visto cosa igual. Todo el mundo hablaba de lo atractiva que era, y Mr. Bingley la ha encontrado bellísima, y ¡ha bailado con ella dos veces! Piensa en eso, querido: ¡ha bailado con ella dos veces!, y fue la única a quien pidió un segundo baile. El primero lo pidió a Miss Lucas. ¡Estaba yo tan contrariada de verla a su lado! Pero no le gustó en absoluto, como no podía ser de otro modo. En cambio, pareció por completo entusiasmado con Jane cuando ésta salió a bailar. Al instante quiso saber quién era, hizo que se la presentaran y la comprometió para el siguiente baile. Después bailó el tercero con Miss King, el cuarto con Mary Lucas, el quinto otra vez con Jane, y el sexto con Lizzy, luego con la Boulanger...

—Si hubiera tenido alguna compasión de mí —exclamó impaciente el marido— no habría bailado ni la mitad. ¡Por Dios, no me hables más de sus parejas! ¿Por qué no se habrá dado un golpe en el tobillo en el primer baile?

—¡Oh, querido Bennet —continuó Mrs. Bennet—, estoy tan satisfecha de él! Es extraordinariamente apuesto, y sus hermanas son encantadoras. Jamás he visto vestidos más elegantes que los que lucían esta noche. Sin embargo, los encajes de Mrs. Hurst...

Aquí, Mr. Bennet la interrumpió de nuevo, por lo que se vio obligada a hablar del tema desde otro ángulo, y relató con gran amargura y algo de exageración el ofensivo comportamiento de Darcy.

—Pero te aseguro —añadió— que no pierde nada con no ser del agrado de ese hombre, porque es la persona más desagradable, altanera e insoportable que he conocido jamás. Se paseaba arriba y abajo dándose aires. ¡Que no es bastante guapa para bailar con él! Querría que hubieses estado allí, querido mío, para haberle dado una de tus lecciones. Detesto a ese hombre.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 4

Cuando Jane y Lizzy se quedaron solas, la primera, que antes había sido cauta en sus elogios a Bingley, expresó a su hermana lo mucho que lo admiraba.

—Es exactamente como un joven debe ser —le dijo—; sentimental, perspicaz y de buen humor; nunca vi tan finos modales, tanta desenvoltura, tan exquisita educación.

—Es guapo —añadió Lizzy—, tal como en la medida de lo posible debe ser un joven. Posee todas las condiciones.

—Me sentí muy halagada cuando me sacó a bailar por segunda vez. No esperaba semejante cumplido.

—¿No? Pues yo sí. Hay gran diferencia entre nosotras. A ti, los cumplidos siempre te sorprenden; a mí, nunca. Era lógico que te sacase de nuevo a bailar. No podía evitar el ver que eras cinco veces más guapa que todas las mujeres que estaban en el salón. No le agradezcas esa galantería. Reconozco que es muy agradable, y te autorizo a que te guste. No sería el primer estúpido de quien quedas prendada.

—¡Lizzy!

—Bien sabes que eres muy dada a que te gusten todos; nunca ves defectos en ninguno. Para ti, todo el mundo es bueno y agradable; nunca te he oído hablar mal de un ser humano.

—No me gusta censurar a nadie; pero, créeme, siempre digo lo que pienso.

—Sé que lo haces, y lo considero admirable; ¡poseer tan buen sentido y ser tan modestamente ciega para las locuras y la falta de sentido de los demás! La afectación de candor es de las cosas más corrientes que existen. Pero ser cándida sin ostentación ni propósito, fijarse en lo bueno de cada cual, y aun mejorarlo, y no decir nada de lo malo, es una característica que sólo tú posees. ¿Y te gustan también las hermanas de ese muchacho? Sus modales distan mucho de ser como los de él.

—Al principio, así lo parece. Pero cuando hablas con ellas compruebas que son muy agradables. La soltera va a vivir con su hermano y a cuidar de la casa, y, o mucho me equivoco, o tendremos en ella a una encantadora vecina.

Lizzy escuchaba en silencio, pero no parecía convencida; la conducta de aquellas muchachas en la reunión no había sido particularmente agradable, y puesto que su temperamento era menos flexible que el de su hermana, y su juicio sobre las personas más severo, se encontraba poco dispuesta a la aprobación. Eran, en efecto, mujeres muy distinguidas; no les faltaba buen humor cuando se las complacía ni dejaban de resultar agradables cuando lo deseaban, pero parecían arrogantes y vanas. No les faltaba belleza, habían sido educadas en uno de los mejores colegios particulares de la capital, poseían una fortuna de veinte mil libras, tenían la costumbre de gastar más de lo debido y de juntarse con gente de alto rango, y estaban acostumbradas a pensar bien en todo momento de sí mismas, y medianamente de los demás. Pertenecían a una respetable

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



familia del norte de Inglaterra, circunstancia más impresa en su memoria que el hecho de que su propia fortuna y la de su hermano habían sido logradas por medio del comercio.

Bingley había heredado unas cien mil libras de su padre, quien había proyectado comprar una finca; pero la muerte lo sorprendió antes de que pudiese hacerlo. El hijo abrigaba la misma intención, y más de una vez eligió el lugar, pero como ahora disponía de una buena casa, era dudoso para muchos de los que conocían la sencillez de su carácter, que no pasase el resto de sus días en Netherfield, dejando para la venidera generación la compra de la finca con que había soñado su padre.

Sus hermanas deseaban mucho que poseyese una finca, pero aun cuando por el momento sólo se hallaba establecido como arrendatario, Miss Bingley no dejaba de gustar de presidir su mesa, ni Mrs. Hurst, que se había casado con un hombre que tenía más elegancia que medios, se veía menos dispuesta a considerar la casa de su hermano como la suya propia siempre que le conviniese. No hacía sino dos años que Bingley había alcanzado la mayoría de edad cuando, casualmente, le recomendaron que visitara la casa de Netherfield. La vio por fuera y por dentro durante media hora, encontró agradable la situación y las principales habitaciones, se dio por satisfecho y de inmediato se puso de acuerdo con el propietario para alquilarla.

A pesar de que él y Darcy eran de carácter muy distinto, los unía una firme amistad. Darcy admiraba a Bingley debido a su franqueza, su sencillez y su temperamento tranquilo, aunque se sentía muy satisfecho del suyo propio. Bingley, a su vez, confiaba en Darcy y siempre tenía en cuenta sus opiniones. En cuanto a inteligencia, Darcy era superior. No le faltaba, de ningún modo, a Bingley; pero Darcy era más hábil. Era, además, arrogante, reservado y desdeñoso, y a pesar de la educación que había recibido, sus modales no resultaban agradables. En este aspecto su amigo lo aventajaba notablemente. Bingley inspiraba confianza allí donde se presentase; Darcy ofendía constantemente con su extraña manera de ser.

La opinión que mereció a ambos la fiesta de Meryton fue bastante característica. Bingley jamás se había reunido con gente más agradable ni con muchachas más bonitas; todo el mundo había estado atento y afable con él; allí no había habido etiqueta y pronto se había sentido amigo de todos; y en cuanto a la mayor de las Bennet, no podía concebirse ángel más bello. Darcy, por el contrario, había visto una colección de personas carentes de interés, de escasa belleza y ninguna elegancia, y no había recibido atenciones ni demostraciones de agrado. Reconocía que la mayor de las Bennet era bonita, pero en su opinión sonreía demasiado.

Mrs. Hurst y su hermana coincidían en que así era; pero admiraban a dicha señorita y les gustaba, declarándola encantadora, y mostrándose decididas a no rechazar su amistad. Así pues, Jane quedó por muchacha encantadora, y Bingley autorizado con semejante recomendación para pensar en ella a sus anchas.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 5

A poca distancia de Longbourn habitaba una familia con la que las Bennet mantenían una íntima amistad. Sir William Lucas había sido en tiempos comerciante en Meryton, donde consiguió reunir cierta fortuna y ser nombrado caballero a causa de un célebre discurso dirigido al rey cuando estaba al frente del ayuntamiento. Acaso esa distinción hizo que se sintiera demasiado importante. Comenzó a rechazar los negocios y el vivir en una ciudad mercantil, y, abandonando ambas cosas, se retiró a una casa situada a una milla, aproximadamente, de Meryton, llamada desde entonces Mansión Lucas, donde podía pensar a placer en su propia importancia y, libre de los negocios, dedicarse sólo a ser sociable con todo el mundo. Porque, aunque engreído con su rango, no se tornó arrogante; al contrario, era muy atento con todos. Siempre había sido complaciente y dado a la amistad, su presentación en la corte le había hecho cortés.

Lady Lucas era una mujer de buen corazón aunque no lo bastante inteligente para ser la vecina que necesitaba Mrs. Bennet; tenía varias hijas. La mayor, muchacha sensible e inteligente, de unos veintisiete años, era la mejor amiga de Lizzy.

Que las Lucas y las Bennet tuvieran que reunirse para hablar del pasado baile era cosa absolutamente imprescindible, y así, a la mañana siguiente a la velada, se presentaron aquéllas en Longbourn para oír y hablar.

—Tú empezaste bien la velada, Charlotte —dijo Mrs. Bennet con estudiada cortesía a la mayor de las Lucas—. Fuiste la primera en bailar con Mr. Bingley.

—Sí; pero creo que le gustó más la segunda.

—¡Oh! Supongo que te refieres a Jane, porque bailó con ella dos veces. Es verdad que al parecer le agradaba; así lo creo, y hasta oí decir algo de eso, aunque no lo recuerdo bien..., algo referente a Mr. Robinson.

—Probablemente se refiere usted a lo que oí hablar a Mr. Robinson y a Mr. Bingley, ¿no se lo dije a usted? Al preguntar Mr. Robinson cómo encontraba nuestra reunión de Meryton, si creía que había en el salón muchas mujeres bonitas, y quién le parecía que lo era más, Mr. Bingley contestó: «La mayor de las Bennet, sin duda; no se puede discutir eso.»

—¡Caramba!

—Bien; pues eso está resuelto. Parece que... pero, no obstante, al final todo puede quedar en nada, ya se sabe.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



—Lo que yo oí decir a Mr. Darcy no es tan digno de escucharse como lo de su amigo — intervino Charlotte—. Pobre Lizzy, aquello fue inaceptable.

—Te suplico que no pienses que a Lizzy le molestó, pues gustar a hombre tan desagradable sería una desgracia. Mrs. Long me dijo la noche pasada que había estado sentado a su lado durante media hora sin despegar los labios.

—¿Estás segura, mamá? ¿No habrá algún error en eso? —dijo Jane—. Yo vi a Mr. Darcy hablar con ella.

—Porque al final ella le preguntó si le gustaba Netherfield, y no pudo evitar responder; pero la misma señora dijo que parecía molesto de tener que hablar.

—Miss Bingley nos contó —añadió Jane— que nunca habla mucho, a no ser con sus amigos íntimos. Con ellos es sumamente agradable.

—No lo creo, querida. Si fuese tan agradable habría hablado con Mrs. Long. Mas ya me figuro lo que ocurrió; todos saben que es arrogante y supongo que habría oído que Mrs. Long no tiene coche propio y que había ido al baile en uno alquilado.

—Me importa poco que no hablara con Mrs. Long —dijo Miss Lucas—, pero me habría gustado que hubiese bailado con Lizzy.

—Yo que tú —dijo la madre—, no bailarías con él en ninguna otra ocasión.

—Creo poder prometerlo.

—Su orgullo —añadió Miss Lucas— no me ofende como tal, porque tiene una excusa. No hay que maravillarse de que un joven tan distinguido, de buena cuna y fortuna, con todo a su favor, tenga un alto concepto de sí mismo. Si puedo expresarme así, diré que tiene derecho a ser orgulloso.

—Es verdad —repuso Lizzy—, y con facilidad perdonaría su orgullo si no hubiera mortificado el mío.

—El orgullo —observó Mary, que se jactaba de lo sólido de sus reflexiones— es un defecto muy común. Mis lecturas me han convencido de que la naturaleza humana es extremadamente propensa a él, y de que hay muy pocas personas que no se sientan satisfechas de sí mismas por tal o cual condición real o imaginaria. La arrogancia y el orgullo son cosas muy distintas, aunque a menudo se tomen como sinónimos. Una persona puede ser orgullosa sin ser arrogante. El orgullo se refiere más a nuestra opinión sobre nosotros mismos; la arrogancia, a lo que deseamos que los demás piensen de nosotros.

—Si yo tuviese tanto dinero como Mr. Darcy —exclamó uno de los jóvenes Lucas, que había venido con sus hermanas— no me preocuparía ser orgulloso o no. Compraría una trailla de perros zorreros y me bebería una botella de vino todos los días.

—En ese caso beberías más de lo debido —dijo Mrs. Bennet—, y si yo te viera, te quitaría la botella.

El joven protestó, asegurando que no ocurriría eso; pero ella continuó diciendo que sí lo haría, y la polémica no terminó hasta que los visitantes se hubieron marchado.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 6

Las señoras de Longbourn no demoraron en corresponder la atención de las de Netherfield, y la visita fue devuelta debidamente. Los agradables modales de Jane cautivaron pronto a Mrs. Hurst y a Miss Bingley; y aunque ambas encontraban insoportable a la madre y a las hermanas menores indignas de hablar con ellas, expresaron a las dos mayores su deseo de conocerse mejor. Jane recibió encantada aquellas atenciones, pero Lizzy observaba un fondo de arrogancia en aquellas mujeres, con la sola excepción, quizá, de su hermana, por lo que seguía sin encontrarlas simpáticas. Aun así, la amabilidad que mostraban hacia Jane, se debía, probablemente, a la influencia del hermano. Era evidente a todos que éste admiraba a Jane, y para Lizzy también lo era que iba creciendo en su hermana la preferencia que desde el principio había manifestado hacia él, y que esta preferencia iba en camino de convertirse en amor. Pero consideraba a la vez, con placer, que eso escaparía a los demás, pues a la fuerza de sus sentimientos Jane unía una discreción y una jovialidad que la había de librar de las sospechas de los importunos. Así se lo comunicó a Miss Lucas.

—Tal vez sea agradable —replicó Charlotte— poder engañar a la gente en un caso así; pero a veces no conviene ocultarlo tanto. Si una mujer se obstina en ocultar sus sentimientos al hombre que ama, puede perder la oportunidad de conservarlo, y entonces será mezquino consuelo suponer que se ha burlado de todo el mundo. Hay tanto de gratitud o de vanidad en casi todos los defectos, que no es cauto abandonarse a ellos. Se puede comenzar con la mayor libertad (una pequeña preferencia es lo más natural), pero pocas de nosotras poseemos suficiente corazón para enamorarnos de veras sin estímulo. En nueve casos de diez, la mujer demuestra mayor afecto del que siente. A Bingley le gusta tu hermana, sin duda, pero puede que la cosa no pase de ahí si ella no lo ayuda.

—Ella hace cuanto le permite su modo de ser. Si yo soy capaz de advertir el modo en que lo mira, él tendría que ser un tonto para no darse cuenta.

—Recuerda, Lizzy, que él no conoce el carácter de Jane como tú.

—Pero si una mujer está interesada por un hombre y no trata de ocultarlo, él lo descubrirá más tarde o más temprano.

—Tal vez, pero sólo si la ve suficientemente a menudo. Pero aunque Jane y Bingley se vean bastante, no pasan muchas horas juntos, y como siempre están rodeados de gente, es imposible que empleen todo el tiempo en conversar a solas. Por eso Jane debería aprovechar cada momento para atraer su atención. Cuando esté segura de él, ya tendrá ocasión de enamorarse cuanto le venga en gana.

—Tu plan es bueno —dijo Lizzy—, pero sólo cuando se trata de un matrimonio de conveniencia, y si yo estuviera decidida a buscar un marido rico, o un marido a secas, estoy casi segura de que lo pondría en práctica. Pero no son esos los sentimientos de Jane; no sabe obrar con

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



premeditación. Lo ha tratado sólo durante quince días. Ha hablado con él en Meryton; lo vio una mañana en su casa, y desde entonces han comido juntos cuatro veces, pero nunca solos. Eso no es bastante para conocer el temperamento de Bingley.

—No es como la imaginas. Si, sencillamente, hubiera comido con él, sólo habría descubierto si tiene o no buen apetito; pero debes recordar que han pasado juntos cuatro veladas, y cuatro veladas pueden aprovecharse bien, si se desea hacerlo.

—Sí; esas cuatro veladas quizá hayan servido para que ambos sepan que al otro le gusta determinado juego de cartas o aborrece el comercio, pero en cuanto al carácter de cada uno, no creo que hayan descubierto mucho.

—Bien, pues —contestó Charlotte—. Deseo de corazón que Jane tenga éxito, y si mañana se casara con él, pensaría que es más dichosa que si estuviera estudiando su temperamento durante un año entero. La felicidad en el matrimonio es cuestión de suerte. En cualquier caso, el que uno conozca las cualidades del otro no hace que éstas aumenten. Incluso es posible que se transformen en una molestia, de modo que es mejor conocer lo menos posible las características de la persona con quien se ha de pasar toda la vida.

—Me haces reír, Charlotte. Sabes que lo que dices no es cierto, y tú nunca obrarías de esa manera.

Ocupada únicamente en observar las atenciones de Bingley hacia su hermana, Lizzy estaba lejos de sospechar que ella misma había llegado a ser objeto de cierto interés a los ojos del amigo de aquél. Darcy, al principio, apenas le había concedido el ser bonita; la había visto en el baile, sin admirarla, y cuando se encontraron de nuevo sólo la miró con la intención de criticarla. Pero en cuanto se hubo percatado, y así se lo comunicó a sus amigos, de que poseía agradables facciones, comenzó a tenerla por inteligente como pocas, lo cual se manifestaba en la expresión de sus ojos negros. A tales descubrimientos siguieron otros análogos. Por más que con ojos de crítico percibía más de un defecto de simetría en su figura, se vio obligado a reconocer que era esbelta y proporcionada, y aun cuando aseguraba que sus modales no eran particularmente refinados, quedó prendado de su gracia y su desenvoltura. Ella ignoraba todo esto. A sus ojos, él sólo era un hombre antipático que no la había juzgado lo bastante hermosa para bailar con él.

Darcy comenzó a desear conocerla mejor, y como medio eficaz para hablar con ella se fijaba en el modo en que conversaba con los demás. Este detalle no se le escapó a Lizzy. En cierta ocasión estaban en casa de sir William Lucas, donde se celebraba otra gran fiesta.

—¿Para qué querría Mr. Darcy escuchar, como ha escuchado, mi conversación con el coronel Forster? —preguntó Lizzy a Charlotte.

—Eso es algo que sólo él puede contestar.

—Es que si lo hace otra vez le haré saber que he adivinado sus intenciones. Me mira de manera burlona, y si no me muestro impertinente con él, pronto me causará temor.

Cuando poco después Darcy se acercó a ellas, aunque al parecer sin intención de hablar, Miss Lucas invitó a Lizzy a decir algo, y ésta, siguiendo el consejo de su amiga, se volvió hacia él y le dijo:

—¿No le parece, Mr. Darcy, que he sido lo bastante clara al insistir ante el coronel Forster que debería ofrecer un baile en Meryton?

—Sí, y de modo vehemente. En efecto, ése es un tema que hace que las mujeres siempre se muestren enérgicas.

—Es usted muy severo con nosotras.

—Pronto te tocará oír en boca de otros lo que dijo el coronel — intervino Miss Lucas—. Voy a abrir el piano, y ya sabes lo que eso quiere decir.

—¡Eres una amiga muy extraña! ¡Siempre insistiendo en que toque y cante ante todos! Si a mi vanidad le hubiera dado por la música, me sentiría halagada, pero ahora preferiría no sentarme ante quienes tienen por costumbre escuchar mejores intérpretes.

Y al insistir Miss Lucas, añadió:

—Bien; si es preciso, sea. —Y, mirando con seriedad a Darcy, agregó —: Todos los aquí presentes conocen un proverbio que dice: «Reserva tu aliento para enfriar la sopa.» Pues bien, yo reservaré el mío para cantar.

La actuación de Lizzy fue agradable, aunque en modo alguno extraordinaria; tras una o dos canciones, y antes de poder responder a los ruegos de algunos para que siguiese cantando, fue reemplazada por su hermana Mary, quien, tras esforzarse mucho para procurarse conocimientos y perfección, siempre estaba ansiosa de ostentarlos.

Mary carecía de talento, y aunque la vanidad le había prestado aplicación, la había dotado también de cierto aire pedante y de modales afectados, capaces de oscurecer mayores excelencias de las que alcanzaba. Lizzy, sencillamente y sin afectación, había sido escuchada con mayor agrado, aun cuando no tocaba ni la mitad de bien; y Mary, al final de un largo concierto, se sintió feliz al escuchar elogios por las melodías escocesas e irlandesas interpretadas a petición de sus hermanas menores, quienes, con Mr. Lucas y dos o tres oficiales, se habían puesto a bailar en un extremo del salón.

Darcy permaneció cerca de ellos en silencio, indignado por semejante manera de pasar la velada. Se hallaba demasiado sumido en sus pensamientos para advertir que sir William Lucas estaba a su lado, hasta que éste dijo:

—¡Qué encantadora diversión para los jóvenes, Mr. Darcy! Después de todo, no hay nada como bailar. Tengo el baile por uno de los refinamientos de las sociedades cultas.

—Cierto, señor; y posee también la ventaja de estar en boga entre las menos cultas del mundo. Todos los salvajes saben bailar.

Sir William se limitó a sonreír.



—Su amigo lo hace deliciosamente —prosiguió tras una pausa, al ver a Bingley en el grupo—, y no dudo de que usted mismo, Mr. Darcy, será aficionado a este arte.

—Si no recuerdo mal, me vio usted bailar en Meryton.

—Así es, y me causó un gran placer. ¿Baila usted a menudo en St. James?

—No, señor; nunca.

—¿No cree usted que sería muy oportuno en semejante lugar?

—Es algo que nunca hago, si lo puedo evitar.

—He oído decir que tiene usted casa en la capital.

Darcy asintió con una inclinación de la cabeza.

—En ocasiones he pensado en establecerme en la capital —dijo sir William—, porque me gusta la sociedad distinguida; pero no creo que Londres agradase a Mrs. Lucas.

Mr. Lucas esperó un comentario, pero su interlocutor no estaba dispuesto a hacerlo, y al dirigirse en aquel momento Lizzy a ellos, se le ocurrió una galantería y, llamándola, dijo:

—Querida Lizzy, ¿por qué no bailas? Mr. Darcy, permítame que le presente a esta señorita como una pareja muy apetecible. Estoy seguro de que no podrá usted negarse a bailar teniendo cerca semejante hermosura.

Y tomando la mano de la joven, se dispuso a unirla a la de Darcy. Éste, sorprendido, no dio muestras de rechazarla. Pero ella se volvió de pronto y dijo, con cierta aspereza, a sir William:

—La verdad, señor, es que no tenía la menor intención de bailar. Le suplico que no imagine que he venido aquí a buscar pareja.

Darcy, con grave cortesía, rogó que le concediera el honor de bailar con él, pero fue inútil. Lizzy había tomado una decisión, y ni los ruegos de sir William la hicieron desistir.

—Eres tan buena bailando, Lizzy, que es una crueldad negarme la dicha de verte bailar, y aunque este caballero no guste de semejante diversión, estoy seguro de que no se opondrá a complacernos durante media hora.

—Mr. Darcy es muy cortés —dijo Lizzy, y dejó escapar una risilla. —Lo es, en efecto, pero viéndote, querida Lizzy, no es de extrañar, porque ¿quién puede encontrar reparos a una pareja así?

Lizzy lo miró, sonrió y se marchó. Su negativa no la había indisputado con el caballero, quien, por el contrario, pensaba en ella, con cierta complacencia, cuando fue abordado por Miss Bingley, quien dijo:

—¿A que adivino en qué está pensando?

—No lo creo.



—Está usted pensando en cuán insoportable sería pasar todas las veladas de este modo, entre semejante sociedad, y créame si le digo que soy de su opinión. ¡Jamás me he sentido tan aburrida! ¡Qué insípidas son estas personas, y, a pesar de ello, qué ruido hacen! ¡Qué insignificantes son, y con todo, qué aires que se dan! ¡Me gustaría saber qué opinión le merecen!

—Está usted equivocada, se lo aseguro. Pensaba en cosas más gratas. En el placer que procuran dos hermosos ojos en el rostro de una mujer bonita, por ejemplo.

Miss Bingley lo miró fijamente y le pidió que le dijese qué dama había logrado inspirarle semejantes reflexiones.

—Miss Elizabeth Bennet.

—¡Miss Elizabeth Bennet! —repitió ella—. Me asombra usted. ¿Desde cuándo ha empezado a ser su favorita?; y dígame, ¿cuándo podré darle la enhorabuena?

—Ésa es precisamente la pregunta que esperaba que me hiciese. La imaginación de la mujer es muy vivaz; salta de la admiración al amor, del amor al matrimonio, todo en un instante. Ya sabía que deseaba felicitarme.

—Si se lo toma en serio daré el asunto por zanjado. Tendrá usted una suegra encantadora, y, por descontado, estará siempre en Pemberley con ustedes.

Darcy la escuchó con absoluta indiferencia mientras ella trató de divertirse así, y cuando la tranquilidad de él la convenció de que todo era cierto, su imaginación se sumió en un caos de conjeturas.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 7

Casi toda la fortuna de Mr. Bennet consistía en una propiedad que producía dos mil libras al año, la cual, desgraciadamente para sus hijas, estaba vinculada, a falta de herederos varones, a un pariente lejano; y la fortuna de su madre, aunque considerable para su clase, difícilmente podía suplir la falta de la renta de aquél; su padre había sido procurador en Meryton y a su muerte le había dejado cuatro mil libras.

Tenía Mrs. Bennet una hermana casada con Mr. Philips —quien, habiendo sido dependiente del padre, le había sucedido en el cargo—, y un hermano, residente en Londres, propietario de una industria de regular importancia.

Longbourn distaba sólo una milla de Meryton, distancia conveniente para las muchachas, que solían ir allí tres o cuatro veces por semana a visitar a su tía y a casa de una modista cuyo taller estaba en la misma calle. Kitty y Lydia, las dos más jóvenes de la familia, eran las más dadas a esas ocupaciones; tenían menos preocupaciones que sus hermanas, y cuando no había nada mejor que hacer, se imponía un paseo a Meryton a fin de entretener la mañana y procurarse conversación para la tarde, y aunque el campo era escaso en noticias, siempre se las ingeniaban para que su tía les contase alguna interesante. No obstante, últimamente abundaban tanto las noticias y esperanzas por la llegada de un regimiento de la milicia que establecería en Meryton su cuartel general mientras durase el invierno.

Las visitas a Mrs. Philips eran cada vez más interesantes. Todos los días se enteraban del nombre y parentesco de los oficiales así como del lugar donde vivían, y pronto trabaron amistad con ellos. Mr. Philips los invitó a todos, y eso procuró a sus sobrinas una felicidad que antes no conocían. No podían hablar sino de oficiales, y la gran fortuna de Bingley, que tanto desvelaba a su madre, pronto careció de la menor importancia comparada con un magnífico uniforme.

Una mañana, tras una nueva muestra de entusiasmo, observó fríamente Mr. Bennet:

—De vuestro modo de hablar deduzco que sois las muchachas más necias de la comarca. Hace tiempo que lo sospechaba; pero ahora me convengo de que es así.

Kitty quedó desconcertada y no contestó. Lydia, con absoluta indiferencia, continuó expresando su admiración por el capitán Carter y su esperanza de verlo aquel día, ya que a la mañana siguiente partía hacia Londres.

—Me asombra, querido —dijo Mrs. Bennet—, que estés tan predispuesto a hablar de la necesidad de tus propias hijas. Si yo hubiera de despreciar a las hijas de alguien, no sería a las mías.

—Si mis hijas son necias, no puedo por menos que reconocerlo.

—Sí, pero el caso es que todas son muy listas.

—Lamento no estar de acuerdo contigo, pero insisto en afirmar que nuestras hijas están chifladas.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



—Querido Bennet, no pretenderás que sean tan juiciosas como su padre y su madre. Supongo que cuando lleguen a nuestra edad no hablarán de oficiales más de lo que nosotros lo hacemos. Recuerdo los tiempos en que me volvía loca por un uniforme, y en verdad que aún me gustan, y si un coronel joven, con una renta de cinco o seis mil libras al año pretendiese a una de mis hijas, no sabría negársela. Y encuentro que el coronel Forster lucía muy apuesto con su uniforme la noche pasada en casa de Sir William.

—Mamá —intervino Lydia—, mi tía dice que el coronel Forster y el capitán Carter no van a casa de Miss Watson tan a menudo como la primera vez que vinieron; ahora los ve con frecuencia en la biblioteca de Clarke.

Mrs. Bennet no pudo contestar, porque en ese momento llegó un criado con una carta para Jane; venía de Netherfield, y aguardaba contestación. Los ojos de Mrs. Bennet brillaron de alegría y permaneció en silencio mientras su hija leía.

—Bien, Jane, ¿de quién es?, ¿qué dice? Vamos, Jane, apresúrate, dínoslo; date prisa, hija mía.

—Es de Miss Bingley —informó Jane, y leyó en voz alta:

Mi querida amiga: Si no es usted tan compasiva como para venir a comer hoy con Louisa y conmigo, que estaremos solas, corremos el peligro de declararle odio eterno, pues un día entero de soledad entre dos mujeres no puede acabar sino en disputa. Venga usted tan pronto como pueda. Mi hermano y sus amigos han salido a comer con los oficiales.

Siempre suya, CAROLINE BINGLEY.

—¡Con los oficiales! —exclamó Lydia—; qué extraño que mi tía no nos haya hablado de ello.

—Qué mala suerte que coman fuera —dijo Mrs. Bennet.

—¿Puedo disponer del coche? —preguntó Jane.

—No, querida mía; será mejor que vayas a caballo, pues parece que va a llover, y si eso ocurre tendrás que quedarte allí toda la noche.

—Sería vergonzoso que no se brindasen a traerla a casa —intervino Lizzy.

—Olvidas, hija mía, que los caballeros deben de haberse llevado el coche de Mr. Bingley, y que los Hurst no tienen caballos para el suyo.

—Preferiría ir en coche.

—Sí, querida; pero estoy segura de que tu padre no puede ceder los caballos. Se necesitarán en la granja, ¿no es así, Bennet?

—Allí los necesitan mucho más que yo.

—Papá —dijo Lizzy—, si hoy han de disponer de ellos, dilo de una vez. Por fin arrancó a su padre la confesión de que los caballos del coche estaban ocupados; Jane se vio obligada a partir a caballo, y su madre la despidió en la puerta, pronosticando con alegría mal tiempo para aquel día. Sus previsiones se confirmaron; Jane aún no se había alejado mucho cuando comenzó a

llover. Sus hermanas estaban inquietas por ella; pero su madre no disimulaba su satisfacción. La lluvia continuó durante toda la tarde, de modo que era seguro que Jane no podría regresar.

—¡Qué idea tan feliz! —exclamó Mrs. Bennet más de una vez, como si la lluvia fuese fruto de su deseo. Pero hasta la mañana siguiente no supo del éxito de su estratagema. Apenas habían acabado de almorzar cuando un criado de Netherfield trajo la siguiente carta para Lizzy.

Querida Lizzy: Me encuentro bastante mal, imagino que debido a lo mucho que ayer me mojé. Mis amables amigas no quieren que regrese a casa hasta que haya mejorado. También insisten en que me vea Mr. Jones; de modo que no os alarméis si os enteráis de que el médico me ha visitado, pues, excepto un simple resfriado y un leve dolor de cabeza, no tengo nada.

Tuya, JANE.

—Bien, querida —dijo Mr. Bennet cuando Lizzy hubo leído la carta en voz alta—; si tu hija cayera enferma, si se muriese, sería un consuelo saber que todo ha sido por ir detrás de Mr. Bingley siguiendo tus instrucciones.

—¡Qué cosas dices! La gente no se muere de un resfriado insignificante. Además se cuidará muy bien de no morirse. Mientras esté allí, cuidarán de ella y todo irá bien. Yo iría a verla si tuviera el coche.

Lizzy, que estaba inquieta, decidió ir aun sin tener coche, y como no montaba a caballo, su único recurso era hacerlo a pie.

—¿Cómo puedes cometer semejante locura —exclamó su madre— con el barro que hay? Cuando llegases, estarías tan sucia que no te reconocerían.

—Todo lo que deseo es ver a Jane.

—¿Es eso una insinuación para que envíe por los caballos? —preguntó su padre.

—No. No pretendo ahorrarme el paseo. Tres millas no son nada cuando se tiene interés en recorrerlas. Estaré de regreso a la hora de comer.

—Admiro tu benevolencia —observó Mary—, pero todo impulso del sentimiento ha de ser dirigido por la razón; y en mi opinión, el esfuerzo debe ser proporcional a lo que se pretende.

—Iremos hasta Meryton contigo —dijeron Kitty y Lydia. Lizzy aceptó su compañía y las tres jóvenes salieron juntas.

—Sí, vamos, deprisa —dijo Lydia mientras caminaban—. Tal vez veamos un momento al capitán Carter antes de que se marche.

En Meryton se separaron; las dos menores se dirigieron a casa de la esposa de uno de los oficiales y Lizzy continuó sola su camino, atravesando campo tras campo, saltando vallas y lodazales con impaciencia, hasta divisar la casa, a la que llegó fatigada, con las medias mojadas y el rostro encendido por el ejercicio.

La recibieron en la sala de almorzar, donde se hallaban todas menos Jane, y donde su aparición sorprendió a los presentes. Que hubiera caminado tres millas a hora tan temprana, con tiempo



tan húmedo y sola, era casi increíble para Mrs. Hurst y Miss Bingley, y Lizzy advirtió que la menospreciaban por ello. Fue, no obstante, recibida por todos con mucha cortesía, y en los modales de Bingley percibió algo más que galantería; había buen humor y amabilidad. Darcy habló poco, y Mr. Hurst, permaneció en silencio. El primero oscilaba entre admirar sus mejillas encendidas y dudar de que el motivo de aquel viaje justificara que viniese sola desde tan lejos. El segundo sólo pensaba en su almuerzo.

Las respuestas acerca del estado de salud de Jane no resultaron muy favorables. Jane había dormido mal y, aunque estaba levantada, tenía bastante fiebre y no se encontraba lo suficientemente bien como para salir de su habitación. Lizzy se alegró de que la condujesen a su lado, y cuando estuvieron solas Jane no hizo sino expresar su agradecimiento por las atenciones recibidas de parte de la familia Bingley. Lizzy escuchaba en silencio.

Cuando acabó el almuerzo, se presentaron en la habitación las hermanas Bingley, y Lizzy comenzó a encontrarlas agradables al ver el mucho afecto y la solicitud que mostraban por Jane. El médico vino, y tras examinar a la paciente, dijo, como puede suponerse, que había pillado un fuerte resfriado y que debían hacer todo lo posible por curarlo; le prescribió que guardase cama y le recetó unas pócimas. Lo prescrito se cumplió de inmediato, pues los síntomas de fiebre aumentaban y la cabeza le dolía mucho. Lizzy no abandonó la estancia ni por un instante, ni las otras mujeres estuvieron ausentes mucho rato; los caballeros salieron de casa, pues, naturalmente, nada tenían que hacer allí.

Cuando dieron las tres, Lizzy comprendió que debía marcharse, y, contra su deseo, así lo manifestó. Miss Bingley le ofreció el coche, y cuando ya estaba a punto de aceptarlo, Jane exteriorizó tal pesar por tener que separarse de ella, que Miss Bingley se vio obligada a retirar el ofrecimiento del coche y reemplazarla por una invitación a quedarse en Netherfield. Lizzy aceptó muy agradecida, y se despachó un criado a Longbourn para informar a la familia de la situación y traer algo de ropa para ella.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 8

A las cinco, las dos señoras de la casa fueron a vestirse, y a las cinco y media Lizzy fue llamada a comer. A las corteses preguntas que le dirigieron, en las que tuvo la satisfacción de entrever la extraña solicitud de Bingley, no pudo responder favorablemente: Jane no había mejorado. Al oír esto las hermanas repitieron tres o cuatro veces lo mucho que eso las apenaba, lo tremendo que era padecer un fuerte resfriado y lo mucho que les molestaba verse enfermas, tras lo cual ya no pensaron en la enferma; y así, su indiferencia para con Jane cuando ésta no se encontraba presente, hizo que Lizzy las encontrara nuevamente desagradables.

Bingley era el único de los presentes a quien podía mirar con complacencia. Su interés por Jane era sincero, y sus atenciones para con Lizzy impedían a ésta considerarse intrusa, como imaginaba que la consideraban los demás. Prácticamente, sólo habló con Bingley. La hermana soltera de éste se dedicaba a contemplar a Darcy; la otra, poco menos, y en cuanto a Mr. Hurst, junto al que estaba sentada Lizzy, era hombre indolente, que sólo vivía para comer, beber y jugar a las cartas, y cuando supo que ella prefería un plato sencillo a un ragoût, ya no tuvo nada que decir.

Terminada la comida, Lizzy regresó al lado de Jane, y Miss Bingley comenzó a criticarla en cuanto salió de la estancia. De sus modales dijo que eran muy malos, mezcla de arrogancia e impertinencia; no tenía conversación, ni estilo, ni gusto, ni hermosura. Mrs. Hurst pensaba lo propio, y añadió:

—Su única virtud es ser una bailarina excelente. No olvidaré jamás su aparición esta mañana. Realmente, parecía una salvaje.

—Vaya si lo parecía, Louisa. Apenas pude contenerme. ¡Qué necedad la suya al venir aquí! ¿A qué correr por el campo porque su hermana tuviese un resfriado? ¡Traía el cabello tan enmarañado!

—¡Y qué enaguas! Supongo que verías sus enaguas, con seis pulgadas de barro. Además se había soltado un poco el vestido, para disimular la suciedad.

—Usted sí se fijó, Mr. Darcy, estoy segura —dijo Miss Bingley—, y supongo que no desearía ver a su hermana dar un espectáculo semejante.

—No, por cierto.

—Andar tres millas, o cuatro, o cinco, o las que sean, pisando barro y sola, ¡completamente sola! ¿En qué estaría pensando? En mi opinión esa actitud revela una detestable inclinación a la independencia y gran desprecio por el decoro, propio de campesinos.

—Lo único que eso revela —intervino Bingley—, es que siente un gran afecto por su hermana, lo que me parece digno de elogio.

—Temo, Mr. Darcy —observó Miss Bingley a media voz—, que esta aventura haya disminuido la admiración de usted por sus bellos ojos.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



—En modo alguno —replicó él—. El ejercicio los había tornado aún más brillantes.

Siguió a esta frase una breve pausa, y Mrs. Hurst comenzó de nuevo:

—Siento gran interés por Jane, que es, en realidad, una muchacha dulce, y desearía de todo corazón que encuentre el marido que merece. Pero con semejante padre y semejante madre y parientes de tan baja condición, temo que no sea fácil.

—Creo haberle oído decir que su tío es procurador en Meryton.

—Sí, y tiene otro que vive cerca de Cheapside.

—¡Magnífico! —exclamó su hermana, y ambas se echaron a reír.

—Aunque tengan tíos como para llenar Cheapside —exclamó Bingley —, eso no las hará menos agradables.

—Pero disminuirá las probabilidades de que casasen con hombres distinguidos —replicó Darcy.

A eso no contestó Bingley; pero sus hermanas asintieron con vehemencia, y se regocijaron durante un rato a expensas de las vulgares relaciones de su querida amiga.

Sin embargo, tras abandonar el comedor, se presentaron con renovada ternura en la habitación de la enferma, hasta que fueron llamadas a tomar el café. Jane estaba muy indispuesta, y Lizzy no quiso abandonarla hasta muy avanzada la velada, cuando tuvo el consuelo de verla dormida y cuando, aun a su pesar, le pareció obligado bajar. Al entrar en el salón halló a todos jugando a los naipes y la invitaron a unirse a ellos; pero, sospechando que apostaban fuerte, rehusó, y alegando el estado de su hermana, dijo que se entretendría con un libro el poco tiempo que pudiera estar allí. Mr. Hurst la miró asombrado y preguntó:

—¿Prefiere usted la lectura a las cartas? Es bien singular.

—Miss Elizabeth Bennet —intervino Miss Bingley— desprecia los naipes. Es gran lectora, y no encuentra placer en otra cosa.

—No merezco ni esa alabanza ni esa censura —replicó Lizzy—. No soy gran lectora, y encuentro placer en otras muchas cosas.

—Estoy seguro de que le resulta muy grato cuidar de su hermana —dijo Bingley—, y espero que ese placer aumentará al verla repuesta por completo.

Lizzy agradeció estas palabras y se dirigió hacia una mesa donde había libros. Mr. Hurst se ofreció para ir a buscar otros, cuantos diese de sí su biblioteca.

—Y aun desearía que mi librería fuera mayor, para satisfacción de usted y honra mía, pero soy un tanto perezoso, y aunque no posea muchos libros, son más de los que he leído.

Lizzy le aseguró que le alcanzaba con los que allí había.

—Me admira —dijo Miss Bingley— que mi padre dejara tan escaso número de libros. ¡Qué estupenda biblioteca posee usted en Pemberley, Mr. Darcy!

—Necesariamente ha de serlo —repuso él—, puesto que es obra de muchas generaciones.

—Y, además, usted la ha incrementado con nuevos volúmenes.

—No comprendo que en estos tiempos se descuide una biblioteca familiar.

—Estoy segura de que usted no descuida nada que pueda añadir belleza a su residencia. Cuando mi hermano construya una casa, me daría por satisfecha con que fuese la mitad de acogedora que Pemberley.

—Así lo deseo también.

—Para ello te recomiendo que adquieras aquellos terrenos cerca de Pemberley y que tomes como modelo la finca de Mr. Darcy. No existe región más hermosa que el condado de Derby.

—Encantado adquiriría el mismo Pemberley si Darcy me lo vendiese.

—Hablo de posibilidades, Charles.

—Te aseguro, Caroline, que creo más posible comprar Pemberley que construir una casa que se le parezca.

Lizzy estaba demasiado abstraída en la conversación para prestar atención al libro, y dejándolo a un lado, se encaminó hacia la mesa, colocándose entre Bingley y su hermana mayor para observar las incidencias del juego.

—¿Ha crecido mucho su hermana desde la primavera pasada? — preguntó Miss Bingley a Darcy—. Debe de estar tan alta como yo.

—Creo que sí. Casi tanto como Miss Elizabeth Bennet, o acaso más.

—¡Qué ganas tengo de volver a verla! Nunca he conocido persona que me agradase tanto. ¡Qué aspecto, qué modales! ¡Y tan extremadamente instruida para su edad! Toca el piano de manera excelente.

—Estoy asombrado —intervino Bingley— de que las muchachas tengan tanta paciencia para llegar a adquirir una educación tan completa.

—No puedes hablar en serio, Charles.

—Pues ésa es mi opinión. Todas pintan, decoran biombos y hacen monederos. Apenas conozco una que no sepa hacer todas esas cosas, y estoy seguro de no haber oído hablar de una muchacha por primera vez sin que se me informase de sus habilidades.

—Tu concepto de lo que se considera instrucción es acertado —dijo Darcy—. A muchas mujeres se las considera instruidas sencillamente porque saben hacer monederos o decorar un biombo. Pero estoy lejos de coincidir contigo en tu apreciación de las muchachas en general. No puedo jactarme de conocer sino a media docena que sean verdaderamente completas.

—Ni yo, a buen seguro —dijo Miss Bingley.

—En ese caso —observó Lizzy—, debe de ser usted muy exigente con las mujeres y el concepto de lo que es una instrucción perfecta.

—En efecto, lo soy.



—¡Por supuesto! —exclamó Miss Bingley, su fiel admiradora—. Una mujer debe tener cabal conocimiento de la música, el canto, el dibujo, el baile y las lenguas modernas para merecer que se la llame instruida; y, además de todo eso, ha de poseer algo indecible en su aire, en su modo de andar, en el tono de su voz, en su trato y en sus expresiones; de otro modo, la calificación no la merecerá sino a medias.

—Todo eso debe poseer —añadió Darcy—, y a todo ello hay que sumar algo más sustancial, como es el desarrollo de su inteligencia por medio de una lectura abundante.

—No me extraña entonces que sólo conozca usted seis mujeres completas. Antes bien, me admira que conozca usted una sola.

—¿Tan severa es usted con su propio sexo que duda de la posibilidad de que una mujer posea todas esas cualidades?

—Jamás he visto una mujer así, ni hallé en una tal capacidad, gusto, aplicación y elegancia en el grado que usted dice.

Tanto Mrs. Hurst como Miss Bingley protestaron contra la injusticia de su desconfianza, y aseguraron conocer a muchas mujeres que correspondían al tipo referido, cuando Mr. Hurst las llamó al orden, lamentándose con amargura de la poca atención que prestaban al juego. Como con la advertencia se terminó la conversación, Lizzy abandonó la sala poco después.

—Elizabeth Bennet —dijo Miss Bingley cuando se cerró la puerta tras aquélla— es una de esas muchachas que tratan de congraciarse con el otro sexo menospreciando el suyo propio, y me atrevo a asegurar que este sistema suele dar buen resultado con muchos hombres. Pero en mi opinión, es un recurso mezquino.

—Sin duda —repuso Darcy, a quien la observación iba dirigida principalmente—, es la más ruin de cuantas artes se dignan emplear las damas para cautivar. Todo aquello que semeje artificio es despreciable.

Miss Bingley no quedó suficientemente satisfecha con la contestación, y la polémica prosiguió.

Lizzy volvió un momento para decirles que su hermana había empeorado y que no podía abandonarla. Bingley insistió en que se llamase al médico de inmediato, en tanto que sus hermanas, convencidas de que un médico rural no era de utilidad, recomendaron enviar un criado a la capital en busca de uno de los más eminentes doctores. Lizzy no quería oír hablar de esto último, pero no se oponía a que se siguiese la indicación del hermano; y así, se acordó que se enviase a buscar a Mr. Jones a la mañana siguiente si Jane no había mejorado. Bingley se

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?

encontraba desconsolado, sus hermanas también, pero acallaron su pesadumbre con unas partidas que siguieron a la cena, mientras que aquél no halló mejor alivio a su pesar que ordenando a su mayordomo que se dispensasen todas las atenciones posibles a la enferma y a su hermana.



Capítulo 9

Lizzy pasó casi toda la noche en la habitación de Jane, y a la mañana siguiente experimentó la satisfacción de poder contestar con buenas noticias a las preguntas que muy temprano recibió de Bingley por intermedio de una sirvienta, y poco después, de las dos elegantes damas de compañía de sus hermanas. A pesar de la mejoría, pidió que se enviase a Longbourn una esquela, pues deseaba que su madre visitase a Jane y comprobase por sí misma su estado. La esquela fue enviada de inmediato y su contenido se cumplimentó con la misma prisa. Mrs. Bennet, acompañada de sus dos hijas menores, se dirigió a Netherfield poco después de almorzar en familia.

Si Jane hubiese corrido peligro alguno, Mrs. Bennet se habría tenido por muy desgraciada; pero en cuanto comprobó que la enfermedad no era alarmante, no abrigó deseos de que su hija se repusiese tan pronto, ya que si esto ocurría debería marcharse de Netherfield. Por esa razón no quiso atender la proposición de Lizzy de que la trasladaran a su casa, lo que, por otra parte, el médico, que llegó poco después, no juzgaba recomendable. Cuando, tras permanecer un rato con Jane, Miss Bingley se presentó y las invitó a pasar donde estaba la familia, la madre y las tres hijas la acompañaron al comedor. Bingley las saludó, seguro de que Mrs. Bennet no había encontrado a su hija tan mal como esperaba.

—Pues está peor de lo que imaginaba —fue su respuesta—. En su estado no podemos trasladarla. Mr. Jones dice que no debemos pensar en moverla. Aún abusaremos un poco más de su bondad, Mr. Bingley.

—¡Moverla! —exclamó él—. De ningún modo. Estoy seguro de que mi hermana tampoco quiere ni oír hablar de ello.

—Puede usted contar —dijo ésta con fría solemnidad— con que Jane tendrá toda la asistencia posible mientras permanezca con nosotros.

Mrs. Bennet se extendió en frases de agradecimiento.

—Estoy convencida —añadió— de que si no hubiera sido por tan buenos amigos, habría corrido serio peligro, pues se siente mal de veras y sufre mucho; aunque, eso sí, con la mayor paciencia del mundo, como hace siempre, porque tiene el temperamento más dulce que conozco. Muchas veces les digo a mis otras hijas que no valen nada a su lado. Tiene usted aquí, Mr. Bingley —dijo cambiando de conversación—, una bonita habitación con encantadoras vistas sobre la alameda. No recuerdo en el país un lugar que pueda compararse a Netherfield. Supongo que no pensará usted en abandonarlo pronto, aun cuando sólo lo haya alquilado por un tiempo.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



—Todo cuanto hago, lo hago con rapidez —replicó él—, y por eso, si alguna vez me decido a dejar Netherfield, me marcharé en cinco minutos. Pero por ahora considero que mis raíces están aquí.

—Eso es exactamente lo que había supuesto de usted —intervino Lizzy.

—Empieza usted, pues, a conocerme, ¿no es así? —exclamó Bingley, dirigiéndose a ella.

—¡Oh, sí; lo conozco perfectamente!

—Querría tomarlo como un cumplido; pero me temo que el que a uno lo conozcan tan a fondo es una desdicha.

—Eso depende. Un carácter complejo no tiene por qué ser más o menos estimable que uno como el suyo.

—¡Lizzy! —exclamó su madre—, recuerda dónde estás y no te propases, como estás acostumbrada a hacer en casa.

—No sabía —continuó Bingley— que fuera usted aficionada a estudiar temperamentos. Debe de ser muy entretenido.

—Sí; pero los temperamentos complejos son los que más divierten. Por lo menos, tienen esa ventaja.

—El campo —dijo Darcy— debe de ofrecer poca materia para semejante estudio. Las sociedades rurales son limitadas y poco variables.

—Pero la gente cambia tanto, dondequiera que viva, que siempre hay algo nuevo que observar en ella.

—Cierto —dijo Mrs. Bennet, ofendida por la manera de hablar de las sociedades rurales—. Le aseguro a usted que hay tanta variación en el campo como en la ciudad.

Todos quedaron sorprendidos, y Darcy, tras mirarla por un instante, se volvió silenciosamente. Mrs. Bennet, que imaginó haber obtenido una completa victoria, continuó, triunfante:

—Por mi parte, no creo que Londres posea más ventajas que el campo, más allá de las tiendas y los lugares públicos. El campo es mucho más agradable. ¿No es así, Mr. Bingley?

—Cuando estoy en el campo —contestó éste— nunca deseo dejarlo, y cuando me hallo en la capital, me sucede lo mismo. Cada cosa tiene sus ventajas, y se puede ser feliz en cualquier parte.

—¡Ah!, eso es porque usted posee buen humor; pero este caballero — dijo Mrs. Bennet mirando a Darcy—, al parecer opina que el campo no vale nada.



—Estás muy equivocada, mamá —intervino Lizzy, sonrojada por culpa de su madre—. No comprendes a Mr. Darcy. Sólo afirma que en el campo no hay tanta variedad de gentes como en la ciudad, lo cual, has de reconocer, es muy cierto.

—Así es; nadie ha dicho lo contrario, pero en cuanto a lo de que aquí no hay muchos vecinos, me parece que pocos lugares hay tan poblados como éste. Recuerdo haber comido con veinticuatro familias.

Sólo la consideración a Lizzy pudo hacer que Bingley se contuviera. Su hermana era menos delicada, y miró a Darcy con una sonrisa expresiva. Lizzy, tratando de decir algo que cambiase de rumbo el pensamiento de su madre, le preguntó si Charlotte Lucas había estado en Longbourn después de salir ella de allí.

—Sí, nos visitó ayer con su padre. ¡Qué agradable es sir William!, ¿no es así, Mr. Bingley? ¡Siempre tan distinguido y a la vez tan sencillo! Siempre tiene una palabra para todos. Ésa es mi idea de la buena educación; yerran quienes se creen muy importantes y jamás abren la boca.

—¿Comió Charlotte con vosotros?

—No; se fue a casa; creo que la necesitaban para preparar el pastel de carne. En cuanto a mí, Mr. Bingley, siempre tomo sirvientas que conozcan su oficio; mis hijas están educadas de otro modo. Pero todas deben ser juzgadas por lo que son, y las hijas de sir William son excelentes muchachas, lo aseguro. ¡Es lástima que no sean guapas! Charlotte lo es muy poco, por cierto, pero eso no impide que sea amiga nuestra.

—Parece una joven muy agradable —dijo Bingley.

—¡Oh, sí, querido! Pero ha de reconocer usted que es muy poco agradada. Su propia madre me lo ha dicho, envidiándome la hermosura de Jane. No me gusta elogiar a mis hijas, pero es bien cierto que no se ven a menudo muchachas tan bonitas como Jane. Cuando sólo tenía quince años había un caballero en la capital, en casa de mi hermano Gardiner, tan enamorado de ella, que mi cuñada estaba segura de que se le declararía antes de nuestro regreso. Con todo, no lo hizo. Acaso pensó que era demasiado joven. Pero le escribió unos versos muy bonitos.

—Y ahí terminó su afecto —dijo Lizzy, impaciente—. Yo creo que más de uno hizo lo mismo. Admiro a quien descubrió la eficacia de la poesía para estimular el amor.

—En mi opinión, la poesía ha sido siempre el alimento del amor —dijo Darcy.

—Puede que lo sea del amor verdadero, fuerte y vigoroso. Cualquier cosa fomenta lo que de por sí ya es fuerte. Pero si se trata de una inclinación débil, estoy convencida de que un buen soneto es el medio más práctico para que desaparezca.



Darcy se limitó a sonreír, pero el silencio general que siguió hizo temer a Lizzy que su madre volviera a ponerse en evidencia. Continuó, pues, hablando, pero no se le ocurría nada que decir, y así, tras una breve pausa, Mrs. Bennet comenzó a repetir su agradecimiento a Bingley por lo amable que había sido con Jane, turbando de ese modo a Lizzy. Bingley contestó con cortesía y sin afectación, obligando a su hermana menor a ser igualmente cortés y decir lo que la ocasión requería. Representó ésta su papel, aunque no parecía muy sincera. Pero Mrs. Bennet quedó satisfecha, y poco después pidió su carruaje. A esta señal, la más joven de sus hijas se decidió a hablar. Habían estado las dos muchachas cuchicheando entre sí durante toda la visita, y el resultado fue que Lydia recordó a Bingley que al llegar a Netherfield había prometido ofrecer una fiesta.

Lydia era una muchacha de quince años, robusta y crecida, de buena complexión y alegre aspecto. Era la favorita de su madre, cuyo afecto la había sacado al mundo a tan temprana edad. Tenía viveza y gozaba de la simpatía y las atenciones de los oficiales, a quienes las buenas comidas de sus tíos y sus fáciles modales la recomendaban. Era muy natural, pues, que se dirigiera a Bingley recordándole su promesa y añadiendo que sería una vergüenza que no cumpliera con su palabra. La contestación a ese exabrupto sonó como música celestial a los oídos de la madre.

—Estoy dispuesto a cumplir con mi promesa, se lo aseguro, y en cuanto su hermana esté repuesta, usted misma, si gusta, señalará el día del baile. Pero imagino que no querrá bailar usted mientras su hermana está enferma.

Lydia se dio por satisfecha.

—Por supuesto, será mucho mejor esperar a que Jane se haya restablecido, y para entonces el amabilísimo capitán Carter estará de nuevo en Meryton. Y cuando usted haya celebrado su baile —añadió— trataré de que los oficiales celebren otro. Y le diré al coronel Forster que será una vergüenza si no lo hace.

Mrs. Bennet y sus hijas se marcharon, y Lizzy volvió al instante al lado de su hermana, dejando su conducta y la de su familia sujetas a las observaciones de las damas de Netherfield y de Darcy, quien, sin embargo, no se unió a las censuras relativas a Lizzy, a pesar de los chistes que hizo Miss Bingley acerca de sus ojos, por demás bellos.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 10

El día transcurrió del mismo modo que el anterior. Mrs. Hurst y Miss Bingley pasaron algunas horas con la enferma, que continuaba mejorando con lentitud, y por la tarde Lizzy se reunió con ellas en el salón. Pero no jugaron a las cartas. Darcy estuvo escribiendo, y Miss Bingley, sentada junto a él, observaba los progresos de su escritura, llamándole repetidas veces la atención con encargos para su hermana. Mr. Hurst y Bingley jugaban al piquet, y Mrs. Hurst contemplaba la partida.

Lizzy se entretuvo con cierta labor de aguja, divirtiéndose con la actitud de Darcy y su compañera. Los perpetuos elogios de ésta, ya sobre la letra, ya sobre la igualdad de los renglones o sobre la extensión de la carta, así como la absoluta falta de interés con que eran recibidas tales alabanzas, constituían un curioso diálogo y corroboraba de modo exacto la opinión que tenía de cada uno de ellos.

- ¡Con qué placer recibirá su hermana esa carta! Él no contestó.
- Escribe usted extraordinariamente deprisa.
- Se equivoca. Escribo bastante despacio.
- ¡Cuántas cartas tendrá usted que escribir durante el año! ¡Sobre todo cartas de negocios! ¡Las encuentro insoportables!
- Entonces es una suerte que sea yo quien tenga que escribirlas y no usted.
- Por favor, dígame a su hermana que deseo verla.
- Ya se lo he dicho una vez, según su deseo.
- Temo que no le guste a usted la pluma con que escribe. Permítame que se la corte. Sé cortar las plumas admirablemente.
- ¡Gracias, pero yo siempre corto la mía!
- ¿Cómo puede usted escribir con tanta simetría? Él permaneció en silencio.
- Diga usted a su hermana que me complace saber que ha hecho grandes progresos en el arpa, y haga usted el favor de hacerle saber que encuentro admirable su precioso dibujo para una mesa y que lo encuentro infinitamente superior al de Miss Grantley.
- ¿Tendría usted la bondad de dejar sus entusiasmos para otra ocasión? Ahora no queda espacio en el papel.
- No importa. La veré en enero. Pero ¿siempre le escribe usted cartas tan deliciosamente largas, Mr. Darcy?
- Por lo general son largas, pero si son o no deliciosas, es algo que yo no puedo determinar.
- En mi opinión, quien sabe escribir con facilidad una carta larga no puede escribir mal.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



—Eso no es un cumplido para Darcy, Caroline —intervino su hermano —, porque no escribe con facilidad. A veces demora demasiado en elegir las palabras. ¿No es verdad, Darcy?

—Mi estilo es muy distinto del tuyo.

—¡Oh! —exclamó Miss Bingley—. Charles es muy descuidado al escribir sus cartas. Omite la mitad de las palabras y lo emborrona todo.

—Mis ideas fluyen con tal rapidez que no me queda tiempo para expresarlas, por lo que a veces mis cartas no comunican todo lo que desearía.

—Su modestia, Mr. Bingley —dijo Lizzy—, tiene que desarmar a sus censores.

—No hay nada más engañoso —terció Darcy— que la apariencia de humildad. A menudo sólo es carencia de opinión, y a veces una ostentación indirecta.

—¿De cuál de ambas cosas tildas mi débil rasgo de modestia?

—De ostentación indirecta; porque tú, en realidad, estás orgulloso de tus defectos al escribir, ya que consideras que se deben a la rapidez de tus pensamientos y al descuido en la ejecución, lo cual te parece, si no estimable, al menos muy interesante. La capacidad de hacer algo con presteza es siempre muy elogiada por su poseedor, quien a menudo no advierte la imperfección que la acompaña. Cuando esta mañana dijiste a Mrs. Bennet que si alguna vez resolvías dejar Netherfield te irías en cinco minutos, tuviste la ocurrencia por una especie de panegírico, como un cumplido a ti mismo; y sin embargo, ¿qué hay de elogiable en una precipitación que por necesidad ha de dejar asuntos sin concluir y que no puede significar una ventaja real ni para ti ni para nadie?

—¿Cómo se te ocurre recordarme por la noche todas las locuras que he hecho por la mañana? Y sin embargo creo que cuanto dije entonces de mí mismo era verdad. Por consiguiente, no iba a aparentar atolondramiento sólo por presumir ante las señoras.

—Me atrevo a asegurar que lo creías; pero no estoy convencido de que te marchases tan deprisa. Tu conducta dependería tanto del azar como la de cualquiera. Y así, si cuando estuvieras montado a caballo te dijera un amigo: «Bingley, mejor harás en quedarte hasta la semana que viene», probablemente lo harías.

—Con eso sólo prueba usted —intervino Lizzy— que Mr. Bingley no hizo justicia a su modo de ser. Acaba usted de retratarlo mejor de lo que él mismo lo ha hecho.

—Me complace mucho —dijo Bingley— que convierta usted en un cumplido a mi carácter cuanto mi amigo dice. Pero temo que lo que usted considera una cualidad, no tenga el mismo sentido para él, porque es bien cierto que Darcy pensaría mejor de mí si en lugar de seguir el supuesto consejo de mi amigo, me marchara tan pronto como pudiese.

—¿Consideraría entonces Mr. Darcy compensada la rapidez de su primera intención con su obstinación en seguirla?

—Le aseguro que lo ignoro. Darcy tendrá que hablar por mí.



—Tú esperas que yo explique opiniones que das en llamar más, pero que nunca he compartido. Con todo, admitiendo el caso, para estar de acuerdo con lo que se alega, debe recordar, Miss Bennet, que el amigo que supuestamente deseaba que Bingley siguiese en su casa, lo deseaba sin más ni más, se lo proponía sin ofrecerle argumento alguno en favor de esa decisión.

—El ceder de inmediato a la persuasión de un amigo, ¿no es mérito para usted?

—El ceder sin convicción no habla en favor del entendimiento de ninguno de los dos.

—Me parece, Mr. Darcy, que no cree usted en la influencia de la amistad y el afecto. La consideración hacia el pedido de un amigo a menudo hace que accedamos a éste sin esperar argumentos que lo justifiquen. No me refiero a este caso en particular, tal como lo ha supuesto usted relacionándolo con Mr. Bingley; acaso hayamos de esperar mucho hasta que se ofrezcan las circunstancias supuestas, merced a las cuales estaremos en situación de juzgar su conducta. Pero en general, y en la relación normal entre amigos, cuando uno desea que el otro cambie de resolución, ¿pensaría usted mal de quien complaciera ese deseo sin esperar razones?

—¿No sería conveniente, antes de proseguir con este tema, ponernos de acuerdo sobre el grado de importancia que habría de tener el pedido, así como el grado de amistad de las partes implicadas?

—Desde luego —exclamó Bingley—. Oigamos las particularidades sin olvidar la importancia de ambos amigos, Miss Bennet, porque eso pesará en el asunto más de lo que usted piensa. Le aseguro que si Darcy no fuese más alto que yo, no le habría tenido ni la mitad de consideración. Reconozco que en ciertas ocasiones y lugares no conozco nada tan terrible como Darcy, y en especial en esta casa y en un domingo por la tarde, cuando no tiene nada que hacer.

Darcy sonrió, pero Lizzy creyó percibir que estaba ofendido, y por eso contuvo la risa. Miss Bingley se molestó mucho por el modo en que había sido tratado y censuró a su hermano por decir tonterías.

—Conozco tu sistema, Bingley —dijo su amigo—. Cuando no te gusta un tema, procuras pasarlo por alto.

—Tal vez. Ciertos temas de conversación se parecen mucho a disputas. Si Miss Bennet y tú aplazáis la polémica hasta que yo me haya marchado, os lo agradeceré mucho, y podrás decir de mí lo que quieras.

—Lo que nos pide —dijo Lizzy— no representa un sacrificio por mi parte, y así Mr. Darcy podrá terminar su carta.

Darcy siguió su consejo y acabó la carta.

Cuando terminó, solicitó de Miss Bingley y de Lizzy algo de música. Aquélla se acercó a toda prisa al piano, y tras una cortés invitación a Lizzy para que comenzara, a la cual ésta se negó con igual cortesía y más seriedad, se sentó.

Mrs. Hurst cantó acompañada de su hermana, y mientras Lizzy hojeaba unos libros de música que había al lado del piano, no pudo dejar de advertir la frecuencia con que Darcy fijaba sus ojos



en ella. Le costaba creer que pudiera ser objeto de admiración para tan elevado personaje, y aún parecía más extraño que la mirara por el hecho de no gustarle. Sólo, pues, pudo imaginar que despertaba su atención por ofrecerle algo más reprehensible, en orden a sus ideas, que otro cualquiera de los presentes. La suposición no la apenó. Le gustaba demasiado poco para procurar su aprobación.

Tras interpretar unas cuantas canciones italianas, Miss Bingley comenzó a entonar un alegre aire escocés; en ese momento, Darcy se acercó a Lizzy y le dijo:

—¿No siente usted tentaciones, Miss Bennet, de aprovechar semejante ocasión para bailar?

Ella sonrió, sin contestar. Entonces él repitió la pregunta, como si su silencio le sorprendiera.

—¡Oh! —exclamó ella—. Ya le he oído a usted antes; pero no sé qué debo responder. Sé que usted desea que diga que sí para gozar del placer de despreciar mi gusto; pero una de mis aficiones es impedir tales bochornos y defraudar a aquellos que pretenden despreciarme. Por eso he decidido decirle a usted que no pienso bailar de ningún modo; y ahora, desprécieme usted si se atreve.

—No me atrevo, se lo aseguro.

Como Lizzy había pensado encararse con él, la confundió su galantería; pero había en el modo de ser de ella tal mezcla de dulzura y malicia, que se le hacía difícil molestar a nadie, y por otro lado, Darcy jamás se había sentido tan fascinado por una mujer. Creía de veras que, a no ser por la inferioridad de la familia de ella, él corría cierto riesgo.

Miss Bingley vio o sospechó lo bastante para ponerse celosa, y su gran ansiedad por el restablecimiento de su querida amiga Jane aumentó de pronto con el deseo de desembarazarse de Lizzy.

Trataba de hacer que a Darcy le desagradase la huésped, hablándole del supuesto matrimonio y forjando planes sobre la clase de felicidad que suponía semejante unión.

—Espero —le dijo al día siguiente cuando paseaban juntos por el jardín — que cuando ese apetecible acontecimiento se realice hará usted a su suegra unas cuantas advertencias relativas a refrenar la lengua, y si también lo consigue, evite que las hijas menores vayan detrás de los militares. Y, si me permite mencionar tan delicado asunto, trate usted de poner coto a esa especie de vanidad e impertinencia de que hace gala su dama.

—¿Tiene usted alguna otra propuesta para mi felicidad doméstica?

—¡Oh!, sí; haga usted colgar los retratos de sus tíos Philips en la galería de Pemberley. Póngalos junto a su tío abuelo, el juez. Tienen la misma profesión, aunque en diferente categoría. En cuanto al retrato de Lizzy, no debe permitir usted que se lo hagan, porque ¿qué pintor podría hacer justicia a sus hermosos ojos?

—Cierto que no sería fácil acertar con su expresión, pero su color, su forma y sus pestañas, tan extraordinariamente finas, podrían copiarse.

En aquel momento se encontraron con Mrs. Hurst y con la propia Lizzy, que llegaron por otro camino.

—Ignoraba que tuvieseis intención de salir a pasear —dijo Miss Bingley algo confusa, temiendo que los hubieran oído.

—Nos habéis tratado muy mal —contestó Mrs. Hurst— marchándoos sin avisarnos.

Después, tomando al brazo de Darcy, abandonó el de Lizzy. El sendero sólo permitía caminar a tres. Darcy advirtió la descortesía y dijo:

—Este camino no es bastante ancho. Será mejor que vayamos por la avenida.

Pero Lizzy, que no tenía el menor deseo de permanecer con ellos, contestó entre risas:

—No, no; sigan ustedes. Forman un grupo encantador. Una persona más no haría otra cosa que desfavorecerlo. Adiós.

Entonces se marchó contenta, regocijándose con la esperanza de estar en su casa al cabo de uno o dos días. Jane se hallaba tan repuesta, que se proponía salir de su habitación un par de horas por la tarde.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 11

Cuando las mujeres se levantaron de la mesa después de comer, Lizzy subió a ver a su hermana, y viéndola bien protegida contra el frío, la acompañó al salón, donde sus amigas le dieron la bienvenida con grandes demostraciones de alegría. Lizzy nunca las había visto tan agradables como entonces durante la hora que transcurrió hasta que entraron los caballeros. Su conversación era por demás interesante; podían describir con esmero un banquete, relatar con humor una anécdota y reír con ingenio de sus conocidos.

Pero cuando los caballeros entraron, Jane dejó de ser el centro de su atención. Miss Bingley volvía constantemente la mirada hacia Darcy, y no pudo evitar decirle algo antes de que él diera muchos pasos. El caballero se dirigió directamente a Jane felicitándola con cortesía; Mr. Hurst también le hizo una ligera inclinación, diciendo que «se alegraba mucho»; pero la efusión y el calor quedaron reservados para la felicitación de Bingley. Se mostró jubiloso y pródigo en atenciones. La primera media hora la pasó avivando el fuego para que Jane no sufriese por el cambio de temperatura, y ella se puso, accediendo a los deseos de él, junto a la chimenea, más alejada de la puerta. Se sentó después al lado de ella, y prácticamente no habló ya con nadie. Lizzy, que se hallaba en el rincón opuesto, observaba todo con gran satisfacción.

Después de tomar el té, Mr. Hurst invitó a su cuñada a jugar, pero en vano. Miss Bingley sabía que a Darcy no le gustaban los naipes, y Mr. Hurst vio pronto rechazada su petición. Ella le aseguró que nadie tenía ganas de jugar, y el silencio general sobre ese punto pareció justificarla. Mr. Hurst, en vista de ello, no pudo hacer más que tumbarse en uno de los divanes y dormirse. Darcy abrió un libro, Miss Bingley hizo lo propio, y Mrs. Hurst, ocupada en jugar con sus pulseras y sortijas, tomaba parte de vez en cuando en la conversación que su hermano mantenía con Jane.

La atención de Miss Bingley estaba más centrada en observar los progresos de Darcy en su libro que en leer el suyo propio, y no paraba de hacerle preguntas o levantar la cabeza para ver en qué página se hallaba. Con todo, no consiguió hacerle hablar; él se limitaba a contestar a sus preguntas con monosílabos y proseguía su lectura. Al fin, viendo que sus esfuerzos eran inútiles, hizo a un lado el libro, que sólo había cogido por ser el segundo tomo del que leía él, bostezó y dijo:

—¡Qué agradable es pasar la tarde así! En mi opinión, no hay placer mayor que la lectura. En compañía de un libro uno se aburre mucho menos. Cuando tenga casa propia me creeré muy desgraciada si no poseo una excelente biblioteca.

Nadie contestó. Ella volvió a bostezar y miró alrededor en busca de entretenimiento, cuando, al oír a su hermano hablar con Jane de un baile, se volvió de repente hacia él y preguntó:

—¿De modo, Charles, que piensas seriamente en dar un baile en Netherfield? Te aconsejaría que antes de decidirte consultases los deseos de los presentes; mucho me engaño si no hay entre nosotros alguien para quien un baile resultará más bien castigo que diversión.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



—Si lo dices por Darcy —exclamó su hermano—, puede irse a la cama, si así lo prefiere, antes de que principie la fiesta. Pero en cuando a dar el baile, es cosa resuelta, y tengo la intención de enviar las invitaciones cuanto antes.

—Los bailes me gustarían mucho más —replicó ella— si fueran de otro modo; pero encuentro ciertos aspectos tremendamente aburridos. Sería mucho más razonable que en lugar de bailes se ofrecieran veladas en las que se pudiera conversar.

—Es probable que fuese más razonable, querida Caroline, pero entonces ya no se trataría de un baile.

Miss Bingley no contestó; poco después se puso de pie y se paseó por la estancia. Su elegante figura y sus gráciles movimientos no consiguieron hacer que Darcy levantase la mirada de su libro. Desesperada, ella resolvió realizar un esfuerzo más, y volviéndose hacia Lizzy dijo:

—Miss Bennet, permítame aconsejarle que siga mi ejemplo y dé una vuelta por el salón. Es saludable tras permanecer tanto tiempo sentada en la misma postura.

Lizzy la miró sorprendida, pero accedió al instante. De ese modo Miss Bingley logró el objeto verdadero de su cortesía. Darcy levantó la vista. Quedó tan extrañado por la novedad de aquella atención como la propia Lizzy, e inconscientemente cerró el libro. Se le invitó de manera directa a unirse a ellas, pero rehusó, haciendo notar que no podía imaginar sino dos motivos para que ambas quisiesen caminar arriba y abajo por el salón, y ninguno le parecía suficiente para imitarlas. ¿Qué querrá decir?, pensó Bingley tratando de indagar el significado de aquello, y preguntó a Lizzy si lo entendía.

—En absoluto —fue su contestación—, pero supongo que quiere mostrarse crítico con nosotras, y el mejor modo de mortificarle será no hacer preguntas al respecto.

Pero Miss Bingley era incapaz de mortificar a Darcy, y por eso insistió en pretender que explicara los dos motivos a que aludiera.

—No tengo inconveniente en explicarlo —dijo él en cuanto se le invitó a hablar—. Ustedes eligen ese modo de pasar el rato, o porque tienen que hacerse alguna confidencia en particular, o porque saben que su belleza destaca más cuando caminan. Si es por lo primero, me interpondría en su camino, y si es por lo segundo, puedo admirarlas mucho mejor sentado junto al fuego.

—¡Oh! Eso es horrible —exclamó Miss Bingley—. Nunca he oído nada tan censurable. ¿Cómo podemos castigarlo por lo que ha dicho?

—Nada más fácil, si usted se atreve a ello —repuso Lizzy—. Todos podemos castigarnos mutuamente. Búrlese de él, haga que se enfade. Usted lo conoce muy bien y sabe cómo hacerlo.

—Pues le aseguro que no lo sé, aun cuando creo conocerlo. ¡Burlarse de un temperamento tan tranquilo! No, no; creo que no lo lograría. Además, no podemos hacerlo sin motivo. De Mr. Darcy no se puede una reír.

—¡Que no se puede una reír de Mr. Darcy! —exclamó Lizzy—. Es una prerrogativa singular, y espero que lo siga siendo, porque sería gran desdicha para mí tener muchos conocidos así. Me gusta mucho reírme.

—Miss Bingley —dijo él— me ha concedido más importancia de la que merezco. El más sabio y mejor de los hombres, mejor dicho, la más sabia y mejor de las acciones, puede tornarse ridícula a los ojos de una persona cuyo primer anhelo en la vida sea la risa.

—En efecto —replicó Lizzy—, hay personas así, pero supongo que no soy de ellas. Creo que jamás ridiculizo lo que es cuerdo y bueno. Locuras y necedades, antojos e inconvenientes son lo que me divierte, y de esas cosas me burlo siempre que puedo. Pero de eso es precisamente, supongo, de lo que usted carece.

—Tal vez nadie pueda evitarlos por completo. Pero durante toda mi vida he procurado evitar semejantes debilidades, que a menudo exponen al ridículo a un buen entendimiento.

—Como la vanidad y el orgullo.

—Sí; la vanidad es, en efecto, una debilidad. Pero en cuanto al orgullo, donde se dé verdadera superioridad de espíritu, estará siempre justificado.

Lizzy volvió a disimular una sonrisa.

—Supongo que habrá finalizado ya su examen de Mr. Darcy —dijo Miss Bingley—, y le suplico que me diga qué deduce de él.

—Estoy convencida de que Mr. Darcy no tiene defecto alguno. Él mismo lo reconoce con absoluta sinceridad.

—No —repuso Darcy—; no he tenido semejante pretensión. Poseo bastantes defectos, pero creo que no proceden de mi entendimiento. Del temperamento no me atrevo a responder; pero creo que eso importa poco; muy poco, de hecho. No puedo olvidar las locuras y los vicios ajenos tan pronto como debiera, ni sus ofensas. Mis sentimientos no se apaciguan sólo porque intente cambiarlos. Mi temperamento acaso podría definirse de suspicaz. Cuando alguien pierde mi estima, la pierde para siempre.

—¡Ése sí que es un defecto! —exclamó Lizzy—. El resentimiento implacable es una verdadera sombra del carácter. Pero usted ha elegido bien su defecto. Realmente, no puedo burlarme de él. Nada tiene que temer usted de mí.

—Creo que en todo ser humano hay cierta tendencia a una determinada maldad, a un defecto innato y que siempre puede vencer la buena educación.

—Y su defecto es la propensión a odiar a la gente.

—Y el de usted —repuso él con una sonrisa—, el de obstinarse en no entender a los demás.

—Hagamos un poco de música —intervino Miss Bingley cansada de una conversación en la que no tomaba parte—. Louisa, ¿no te importa que despierte a Hurst?



Su hermana no opuso la menor objeción, y al cabo de unos minutos el piano comenzó a sonar. Darcy, tras breves momentos consagrados a la reflexión, lo encontró conveniente. Comenzaba a advertir el peligro que suponía prestar demasiada atención a Lizzy.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?

Fuente

Austen, Jane. (1813). *Orgullo y prejuicio*. [Pride and Prejudice]. (A.M. Rodríguez, Trans.). Penguin. ePub r.1.1.

<https://alicialectura.com/wp-content/uploads/2024/10/Orgullo-y-prejuicio- trad.-Ana-Maria-Rodri-Jane-Austen.pdf>

